

Un Poeta y su Destino

por Sebastian Salazar Bondy

Augusto Elmore es un joven poeta peruano que acaba de editar en Buenos Aires, bajo el signo de las generosas ediciones "Botella al Mar", su primer libro: se llama "Origen" y lleva un prólogo de Alberto Hidalgo. Elmore frisa los veinte años y por lo tanto, no obstante su talento, su obra adolece aún de graves defectos y debilidades. Esto, por cierto, no impide a Hidalgo, tan pródigo en elogios descomunales como en denuestos corrosivos, afirmar a lo largo de una curiosa "alternativa" que el joven Elmore está destinado a sucederle en el puesto de "Dios Mayor" de la poesía peruana que con tanto énfasis ha querido hacernos creer que ocupa. Dice: "...probado está que nadie, en poesía, fallece sin sucesión. Uno de los atributos de la grandeza es el de mantener su vigencia hasta que surja su reemplazante, y de allí que cuantas veces he estado en agonía y los míos empezaban a llorarme, yo sonriera: nada era de temer todavía, porque ninguna voz potente se escuchaba en cien libros a la redonda. Ahora sí tengo miedo y la culpa — o el mérito — es de Augusto Elmore". Fácilmente se echa de ver que el prólogo ha servido al autor de "Edad del Corazón" para dar rienda suelta a la enfermiza vanidad que infortunadamente ha malogrado casi toda su obra. Y bien se comprende que si al propio Hidalgo tal postura no le ha procurado provecho alguno, a un escritor que comienza le habrá de hacer más daño que beneficio.

Las Dos Academias

El prólogo de Hidalgo predispone mal con respecto a los poemas de "Origen". Fuera de dos o tres anotaciones sobre aciertos metafóricos del nuevo poeta, está dedicado más a buscar algún ingenioso giro de viejos lugares comunes que a señalar las posibilidades que encierran el temperamento y la inspiración de Elmore. Sin embargo, a pesar de este escollo preliminar, el lector de buena voluntad hallara en el breve volumen varias virtudes en bruto, a la espera del pulimento indispensable para hacerlas vivas y perdurables. Elmore está todavía bajo los efectos de un vanguardismo transnochado: cree, por ejemplo, que la invención de neologismos, el desprecio a la puntuación, los contrastes expresivos, etc. constituyen las características de la poesía moderna. El, en sus veinte emotivos años, ha querido ser "moderno" en vez de ser auténtico.

De ahí que lo que en su libro llega a la sensibilidad del lector sea aquello en lo cual el sentimiento ha sobrepujado a la razón formalista. Alguien debiera haberle dicho que así como hay una academia de lo tradicional hay también una academia de lo moderno. Y que ésta tiene su preceptiva y todo: ninguna de las normas de tal literatura, que ya ha cumplido medio siglo y es, debido a ello, bastante pasada de moda, ha sido olvidada por el joven Elmore, sobre quien Hidalgo ejerce un magisterio intelectual lleno de responsabilidades. Ningún maestro de verdad hubiera permitido, por más oportunidad que el caso le ofreciera de figurar como descubridor de artistas ignorados,

que una personalidad con signos singulares fuera víctima de las influencias de una corriente definitivamente abandonada. Los buenos poemas de Elmore lo son a pesar de la ingenuidad de su estructura. Sus méritos se transparentan a través del juvenil empeño que lo mueve a conseguir logros que sorprendan al lector, no que lo ganen.

Las Propias Voces

Conviene destacar algunas páginas de "Origen". Por ejemplo, el "Poema sin ton ni son", en el que una apretada angustia de adolescente intenta establecer, llevada por su deseo de definirlo todo, la inanidad del mundo y de la vida. De la misma índole es "Importación del nombre": aquí el poeta busca en su apelativo — en la significación que él guarda — el sentido de su existencia. Mediante el método del entrafñamiento, de la ensimismación, arriba a su realidad, a su origen irrenunciable. El "Poema contra-productente o conmovido" (nótese cómo el título dubitativo revela, quizá inconscientemente, el conflicto íntimo de su autor) podría ser el más representativo de la calidad de Elmore, si no lo hubiera mortificado con voluntarias fallas ortográficas y expresiones insólitas, cortes y variaciones en la disposición de los versos que en nada contribuyen a la comunicación del sentimiento rector. No menos interesantes son "Tu ida y mi lejanía", "Conmigo el día" y parte de "Noticia del sueño", confiados todos éstos al corazón fervoroso de alguien que comienza a vibrar inocentemente al estímulo de la multiplicidad de los hechos, los seres y las cosas. Es decir, al espíritu de quien poetiza porque su vocación más secreta así se lo demanda.

"Origen" representa una iniciación promisoriosa. No es, ni con mucho, un libro que satisfaga enteramente y que deje la impresión de que su autor está ya en su camino. Pero, en cambio, nos dice que por debajo de los ejercicios que muestra, de estos primeros juegos borrosos, simples, a veces sinceros y a veces ficticios, hay un temple que requiere del tiempo y la experiencia para el advenimiento de la jugosa maduración que anuncia. Porque, además de esa victoria que su libro tiene implícita, no hay que olvidar tampoco que Elmore está puesto en el dramático punto donde toda su riqueza puede perderse en el derroche gratuito del talento y en la disipación literaria. Cultivar no es un término caprichoso en lo que a las facultades estéticas se refiere. Esa inclinación natural hacia la poesía es susceptible de ser desviada torpemente por la temprana seguridad de los aciertos casuales, si no se la trata con el rigor con que merece aquello que constituye el germen de una floración futura. Menos oídos a Hidalgo — es necesario decirle a Augusto Elmore—, pues aquél piensa demasiado en lo suyo y en lo que está al servicio de lo suyo, y más a las propias voces, a esas que en la claridad interior le dicen al poeta que la belleza es simple y recatada.